



GARRAS  
Y  
FURIA

EL MENSAJERO I



MANUELA RIOBÓ

Laura ha volcado sus valores personales en su empresa «Mensajería y Paquetería Olívica», donde su máxima garantía es el trabajo bien hecho, la honestidad y la confianza. Gómez es un hombre manipulador, oscuro y cruel que pretende hacerse un nombre de prestigio en el mercado del reparto y la mensajería. Es un ganador que nunca ha dudado en recurrir a las peores bajas para conseguir lo que quiere o hacerse con los clientes de los demás. Tras un accidente, Gómez ve y aprovecha la oportunidad de volver a cruzarse en el camino de la exitosa empresaria. Mael es empleado de Laura, tiene un pasado misterioso y vive en el anonimato en la ciudad de Vigo. De repente, la vida de su jefa se ve amenazada y la respuesta del mensajero será potente e impredecible: Ella es intocable. ¿Destrozaré Gómez todo lo que Laura ha logrado? ¿Cómo podrá el mensajero resolver el agravio y mantener su pasado en secreto? ¿Será la oscuridad de Mael mayor que la de su enemigo?

PARA MIS LECTORAS CERO:  
ANGI, CLARA, MAR, NOELIA

## Capítulo I

—Laura, acaban de solicitar una entrega urgente en Tui. Es para el obispado. ¿A quién llamo?

—¿A Tui? ¿Ahora? ¿Y es urgente? —Ante la afirmación de su secretaria añadió—. No llames a nadie, iré yo misma —ofreció Laura poniéndose en pie—. Estas ya no son horas para salir a un viaje tan largo.

—Pero ¿no has quedado para cenar? —preguntó Susi.

—¡Joder! Lo había olvidado —reconoció Laura—. Como solemos quedar los viernes... —se disculpó—. Voy a andar justa... Y tampoco quiero llegar tarde —declaró mirando que ya pasaban de las cinco.

—Hablaré con los chicos —dijo la secretaria—. No, mejor llamaré directamente a Mael. Si él no puede, avisaré a Matei.

—Está bien —accedió la jefa de mala gana.

—Buenas tardes —saludó Mael entrando desde el almacén sin hacer ruido.

Laura le sonrió al verlo acercarse. En los años que llevaban trabajando juntos, ya había visto muchas veces esa cualidad en el mensajero, ya no le sorprendía. Era tan sigiloso como cauto y parecía que nada tenía el poder de alterarlo.

—¡Oh! Hola, Mael, buenas tardes. Hablábamos de ti —dijo ella mirando a su secretaria—. A golpe de lunes acaba de entrar un paquete para el obispado de Tui. ¿Quieres ir tú?

—Claro, señora.

—Bueno, no te he preguntado ni cómo está Rossi. ¿Se encuentra bien? ¿Y las niñas?

—Todo perfecto. ¿Hay hora de entrega?

—Está sin especificar...

—Mejor —dijo como despedida a la vez que agarraba la pequeña caja de cartón y volvía al garaje donde había dejado su furgoneta.

—¡Muchísimas gracias, Mael! —exclamó Laura cuando ya se había perdido de vista.

—No hay por qué darlas, señora —se oyó responder.

—Vale, pero llámame Laura —pidió una vez más.

—Sí, señora —contestó él.

Laura miró a su secretaria.

—Si hubiese entrado media hora antes, habría podido hacerlo yo.

—Bueno, mujer, tú tranquila. Él siempre se ofrece voluntario para este tipo de cosas. Se ve que le gusta conducir... Además... —Levantó la cabeza—. Esa cena es importante. Tu amiga te necesita, ese corazón roto suyo está tardando en curar.

—Ya, la verdad es que estaba muy enamorada.

—¿Estaba? —interrogó la secretaria levantando una ceja.

—Ya, entiendo... No sé qué será mejor... —Emitió un bufido—. A veces creo que todos esos que dicen que es mejor haber amado y perdido que no haber conocido el amor, merecían una somanta de hostia fina para espabilar.

—¿Te ofreces voluntaria? —preguntó Susi riéndose.

—Sabes que para repartir siempre se puede contar conmigo... —Volvió a su despacho sonriendo, pensando en el amor y en la escasez de sentido común cuando este se presentaba.

## Capítulo II

Fabián miró la hora en su teléfono móvil: pasaban tres minutos de las siete de la tarde. Tomó las llaves de la furgoneta en una mano, los recibos de las entregas en la otra y se dirigió a la oficina pensando en todo lo que tenía por hacer ese día. Le quedaba el tiempo justo para llegar a su casa, darse una ducha rápida y acudir puntual a la ansiada cita concertada con su casero. Volvió a mirar su teléfono: la batería estaba a punto de agotarse. Esperaba encontrar a su jefe solo, tenía que volver a hablar con él. La situación ya era insostenible. ¿Cómo iba a decirle a su casero que todavía no podía pagarle? ¿Con qué cara iba a presentarse con los bolsillos vacíos?

Fabián, plantado en la calle Coruña, inspiró con fuerza antes de empujar la puerta. El familiar chirrido junto con el denso ambiente de aquel bajo donde estaba ubicada la oficina lo envolvieron y, como cada día, deseó finalizar el papeleo y abandonar aquel lugar. Ese trabajo se había convertido en una pesada losa que cargaba en su espalda y sin darse cuenta, vivía el monótono transcurrir de los días esperando que pasase algo. Pero también sabía que nada iba a suceder mientras él no fuese capaz de enfrentar todo aquello que estaba pasando en su vida y estaba actuando como un freno.

—Fabián, por fin regresas: hay que ir a Santiago a llevar un sobre, ha entrado urgente esta tarde —comunicó el señor Gómez sin mirarlo siquiera.

—¿Ahora? Ya pasan de las siete, ¿por qué no me ha llamado antes? —preguntó molesto—. Pues yo hoy no puedo, tiene que encargárselo a otro —se apresuró a añadir—. Llevo meses trabajando hasta las tantas, estoy agotado, mi teléfono no tiene batería y tengo una cita importantísima: me espera mi casero. Si no me reúno hoy con él me pondrá de patitas en la calle.

—Y si no haces este trabajo, yo también.

Fabián enderezó sus hombros lentamente. Cansado de sus amenazas y alardes de superioridad, miró con seriedad a su jefe. No entendía cómo era capaz de sonreírle burlón e impasible. La situación no tenía nada de graciosa.

—¿Qué ha dicho? —interrogó Fabián mirándolo enfadado.

—Venga, vamos —repuso conciliador—, no puedo encargárselo a otro, los demás todavía no han terminado. A ver, dame el número de tu casero antes de que se te apague el teléfono. Yo lo llamaré y hablaré con él para que te espere más tarde o que te cambie la cita para otro día —dijo con resolución.

—Es que no lo entiende...

—Le explicaré que te he mandado a un servicio urgente, que no es culpa tuya que no puedas acudir —siguió hablando como si no le hubiese dicho nada—. Y yo, por mi parte, te daré una gratificación por este trabajo, para que te des un caprichito. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Me ha costado mucho conseguir un encargo de este bufete. Serán buenos clientes, así que esmérate un poquito —añadió las últimas palabras con un tono cínico en la voz.

—Sepa que no quiero una gratificación, quiero lo que me corresponde —exigió Fabián con un tono más alto—, ni más ni menos: mi sueldo íntegro, incluido todo lo atrasado... Y una cosa más: no vuelva a amenazarme —remató empezando a enfadarse.

—Yo no amenazo, muchacho, yo actúo, no lo olvides —recalcó acercándose a él y apretando entre los dientes el

sobado palillo que acostumbraba a tener en la boca.

Fabián contuvo el aliento, el hedor de aquel hombre le resultaba insoportable. No le gustaba, no aguantaba tenerle cerca, además del olor a queso rancio que despedía, se comportaba con una autoridad absoluta respecto a todo lo que lo rodeaba, disponía de las vidas de sus empleados como si fuesen peones en un tablero de ajedrez. Fabián se mantuvo inmóvil todo el tiempo que pudo. Al fin, inclinó la cabeza y fijó su mirada en aquellos ojillos marrones surcados con una multitud de pequeñas arrugas. Con solo cerrar una de sus manos alrededor de aquella garganta surcada por finas líneas de mugre pondría fin a la pesadilla que tenía enfrente, a la personificación de la prepotencia. Dio un paso hacia atrás, para inspirar con fuerza, le encantaba soñar con el fin de sus problemas, pero tenía que ser realista; de poder acabar con aquella vida, no se iba a solucionar nada. Aquel hombre tenía fama de ser un hijo de puta y como tal se estaba comportando en ese momento, llevando al límite de su paciencia a todo aquel que se cruzase en su camino.

—Estoy empezando a cansarme de esta puta mierda —concluyó Fabián.

—Pues cuando estés cansado del todo, ya sabes dónde está la puerta.

—Ah, no, de eso nada. Yo no me largo sin cobrar lo que me debe.

—Ve a hacer esta entrega —pidió el viejo con voz suave—, mañana hablaremos de tu situación. Si lo que quieres es irte, no te retendré.

—¿Me pagará lo que me debe?

—Por supuesto. Ahora debes irte —lo animó poniendo una mano en su espalda.

—Pero, Señor Gómez, hágase cargo —insistió derrotado—; si mi casero me echa fuera, ¡no tendré dónde ir!

—¡Que no, hombre! Que eso no pasará. Yo, Aníbal Gómez, lo arreglaré. Ahora coge el sobre y márchate, tiene



que estar allí antes de que cierre el despacho —miró su reloj plateado y añadió—: tienes cuarenta y siete minutos. Venga, andando, lo necesitan para mañana, para un juicio.

—¿Tengo menos de una hora? —preguntó Fabián incrédulo—. Pues avise que me esperen, que salgo para allá.

Fabián miró al orondo Aníbal Gómez una vez más, el viejo había conseguido lo que quería, sabía que su empleado cumpliría con el encargo. La urgencia había desaparecido de la actitud de su jefe. Pero no era así para él, tendría que correr para llegar a tiempo. ¿Cómo se le ocurría avisar a esas horas? ¡Maldito fuese! Ese hombre, con su manera de actuar, siempre conseguía enfurecerlo. De alguna manera lograba que todos sus actos diarios por sacar adelante su trabajo e incluso velar por el bien de la empresa le resultasen insulsos y vanos. A su jefe nada le era suficiente, además le gustaba mucho demostrar que poseía el control haciendo ese tipo de cosas y Fabián ya no se sentía con fuerzas para replicar. Estaba moralmente agotado y anímicamente extenuado.

Durante las últimas semanas todos sus esfuerzos los había dirigido exclusivamente a recuperarse del bache en el que se encontraba. Había trabajado hasta las tantas con el señor Gómez, había hecho incluso algunas horas extras como repartidor nocturno en una céntrica pizzería para ayudar con los gastos diarios mientras no le pagaba su sueldo de la mensajería. Pero aquello no era suficiente.

Le estaba costando bastante salir de su mala racha económica; primero, el inesperado arreglo del coche se había llevado la mayor parte de sus ahorros. Poco después, había usado el dinero del alquiler para ayudar a su hermana con una emergencia. Lo peor era que su jefe no parecía enterarse de que le debía dos meses de trabajo. Fabián no quería irse y perder tanto su sueldo como sus derechos, como tampoco quería denunciarlo y perjudicar a los demás compañeros. No le importaba trabajar de repartidor de pizzas,

pero las pocas horas que podía dedicarle no le daban más que para el gasoil del coche y hacer la compra.

De todos modos esa situación no podía persistir, cada día notaba cómo el cansancio físico y psicológico aumentaba en progresión geométrica.

Cogió el sobre acerado y lo colocó estirado en la cartera. Después se la ajustó para que le quedase pegada al pecho. Había decidido ir en la moto y por la autopista, pues en la furgoneta no completaría el encargo a tiempo. Llegaría a Santiago puntual y, con un poco de suerte, antes de que se hiciese de noche estaría volviendo tranquilo por la nacional. Agarró la documentación, la cazadora, el casco y se dirigió al pequeño almacén donde se guardaban los paquetes pendientes y la moto. Miró su reloj, disponía de cuarenta y tres minutos. No le gustaba conducir con prisa pero, para ese servicio, tendría que hacerlo.

Salió a la calle Coruña, la recorrió completa con la mirada. Estaba atestada, pero como tenía que subir para dar la vuelta, decidió que seguiría calle arriba y después iría por toda la Gran Vía hasta la autopista. Sorteó con habilidad las maniobras de varios coches. Algunos conductores, crispados por el tráfico de la hora punta, se volvían imprudentes y temerarios, Fabián, tras dar dos frenazos en seco, decidió que sería más paciente y adelantaría tiempo en la autopista. Empezó a subir la transitada Gran Vía, advirtió que el tráfico hacia la mitad de la calle fluía. «Por fin...» pensó. La poca paciencia y el apuro de los demás lo hacían sentir inseguro e incómodo, teniendo que circular más lento de lo habitual. Se colocó en el carril de la izquierda para pasar por el túnel de debajo de la Plaza de España.

«Si ahora encuentro los semáforos en verde, en un minuto estaré en la autopista». Pensó saliendo del túnel e incorporándose al desocupado carril central.

De pronto, mirando el espejo retrovisor, se percató de que por su derecha una forma oscura y enorme rodaba aparatosa en su dirección. En un segundo hincó los pies en

los pedales y consiguió saltar hacia atrás soltándose de la moto. El vehículo, sin control, se la llevó por delante, aplastándola contra el primero de los coches parados en el semáforo y, tras el impacto, la inercia de la parte trasera giró también hacia la izquierda, catapultando a un sorprendido Fabián por los aires y haciéndolo aterrizar de espaldas sobre el capó del tercer coche. El crujido y el dolor atroz que sintió en su cuerpo fueron suficientes para que se desmayase.

## Capítulo III

—No, escúchame, Mael, entiendo que todavía te escondas, pero tenemos que cooperar para terminar el caso. Dame todo lo que has conseguido —pidió Javier una vez más—. Yo lo revisaré a conciencia para encontrar las pruebas.

—No, señor, ni siquiera sé si hay algo de provecho —se negó el mensajero.

—Mael, ¿cómo puedo ayudarte? —Tras una pausa, el hombre añadió—. ¿No confías en mí?

—¿Quién sabía lo de la operación? —preguntó una vez más—. Lo único que tiene que hacer es investigar la Comisaría, a todos los implicados. ¿Cómo coño me encontraron?

—Te juro que lo averiguaré, seguiré investigando, pero necesito tu ayuda. ¿Dónde vives ahora? ¿Necesitas algo?

—No.

—¿En qué trabajas? ¿Necesitas dinero?

Mael calculó los segundos que llevaban hablando. Su jefe de unidad siempre le decía lo mismo. Mael negaba. No necesitaba nada. Lo había necesitado todo y no había tenido a nadie hasta que conoció a Laura, a Susi y a la familia en la que posteriormente se convertiría la empresa de mensajería. Miró los arcos de piedra en los que se escondía la cafetería en la que estaba. Había aprovechado la entrega en Tui para llamarlo.

—No necesito nada. Gracias. Ya le llamaré.

Colgó sin darle oportunidad de despedirse. Eliminó el número marcado del registro de llamadas, devolvió el teléfono a la simpática camarera y dejó dos euros sobre la ba-

rra como pago por un café solo y por haberle dejado hacer una llamada.

Nunca usaba el teléfono de la empresa, ni llamaba desde Vigo. Alguna vez había surgido un servicio en las afueras o incluso en otra provincia y él se había ofrecido voluntario para hacerlo. De todos modos llamaba poco menos que una vez al año, así que no tenía que preocuparse de que, en el caso de que lo localizasen, pudiesen ubicarlo en una localidad concreta.

Recordó la primera llamada que había hecho a su jefe de unidad; ya habían transcurrido unos cuantos años de aquel momento. Tras huir del prostíbulo y conducir prácticamente toda la noche, había parado en un área de servicio y relatado todo lo ocurrido solo unas pocas horas antes. Había solicitado una excedencia a su incrédulo jefe y había casi desaparecido con las menores explicaciones posibles.

¿Quién había preguntado por él? ¿Quién había sospechado que era un topo? ¿Quién coño lo había delatado? Había sido una operación meticulosamente planificada; ¿quién se había ido de la lengua? En la larga temporada que llevaba oculto no había encontrado ninguna respuesta, si bien era cierto que en los últimos años parecía reinar el silencio en torno al tema. Era como si de pronto la corrupción, el tráfico de personas y la prostitución hubiesen desaparecido.

De camino al coche recordó su última conversación. El año anterior había telefoneado desde la provincia de La Coruña. Tampoco habían avanzado nada, misma respuesta de todas las anteriores llamadas. En cambio, no todo fue igual para él. Ese mismo día, un poco más tarde, su mujer, Rossi, sufrió una de las crisis más agudas hasta entonces. Pasaron cinco noches en el hospital. Ella estuvo inmersa en largos episodios de delirio en los que decía nombres al azar, gritaba por auxilio y lloraba por miedo a que el torturador volviese a su vida.

Mael sufría sin separarse de su lado, con un miedo irracional recorriéndolo entero como cada vez que la veía en ese estado, se preguntaba una y otra vez si habría borrado bien sus pasos.

Su familia era su bien máspreciado. Si le sucedía algo a su mujer o a alguna de sus pequeñas niñas... Gimió apretando el volante. Si alguien, alguna vez tocaba un solo pelo a una de sus hijas, simplemente podría considerarse hombre muerto.

## Capítulo IV

Laura miró la hora en el salpicadero de su coche y volvió a bufar. Se había entretenido archivando unas facturas y se había despistado de la hora y de que había quedado temprano para cenar. Lo normal era que se reuniesen todos los viernes pero Nina, su comadre y mejor amiga, llevaba varios días un poco inquieta, por ello habían decidido verse con más frecuencia y también esa misma noche. Cenarían temprano todos juntos y, tras acostar a los niños, ellas tomarían una copa y podrían hablar de todo lo que la preocupaba; pero con ese tráfico no llegaría ni a los postres. La Gran Vía siempre estaba abarrotada, pero era el camino más rápido para entrar en la autopista.

Parada en el semáforo, vio pasar por su derecha una moto cuyas características le parecieron familiares; llevaba una pegatina sobre el depósito de la empresa de mensajería que era su directa competencia.

—¿Dónde irá a estas horas...? —se preguntó en voz alta repiqueteando con los dedos en el salpicadero y mirando de nuevo el reloj del coche. Pero no le dio tiempo a nada más, porque todo lo que vio a continuación sucedió en apenas cinco segundos. El motorista saltó hacia atrás con gran agilidad y, de repente, un coche negro apareció por su derecha precipitándose contra el primero de los vehículos parados en el semáforo y aplastando la moto contra él. La fuerza y velocidad que empujaban aquella masa negra provocaron que el vehículo rotase sobre sí mismo hasta quedar paralelo a los que estaban ante ella y, al girar, lanzó